PRÓLOGO

Peter Burke en su reconocida obra "¿Qué es la historia cultural?"[1], publicada en los inicios del siglo XXI, al realizar un análisis en torno a la trayectoria de aquella perspectiva historiográfica desde sus antecedentes, desarrollo y nuevas ideas, deja en evidencia tanto la extensa variedad de enfoques metodológicos como asimismo la multitud de temáticas que la rodean y enriquecen. Esta situación se explica por la amplitud del concepto "cultura", una compleja red compuesta por variadas y heterogéneas formas de expresión de carácter material e inmaterial: "(…) Los conocimientos, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad"[2], inclusive la vida cotidiana en la que aquel se desenvuelve, es decir los valores y modos de vida. Todas ellas, construidas por el ser humano desde sus inicios para transformar la naturaleza desde lo social y diferenciarse así, de los otros seres vivos existentes.

Bajo esa perspectiva, una de las vías que posee el historiador para develar e investigar el mundo de los hombres y sus sociedades, es utilizar los conceptos de "representación" e "imaginario" como enfoques metodológicos de construcción histórica y cultural, conceptos claves de la llamada Nueva Historia Cultural (NHC), la cual plantea un cambio importante en el quehacer historiográfico, ampliando el término "cultura" hacia las prácticas del día a día de personas ordinarias, situación que conlleva el cruce entre diversas perspectivas historiográficas de análisis e inclusive disciplinas como la antropología y la sociología.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de representación y qué implicancias tiene construir la historia desde este marco teórico? Para Berger y Luckmann, las representaciones se inscriben en el ámbito de lo simbólico, en tanto son imágenes que se condensan en el tiempo produciendo significados que pasan a constituir el sistema de referencias de cada sociedad[3]. Esto quiere decir, que los individuos perciben, interpretan, clasifican y dan sentido al mundo que los envuelve a través de estas imágenes. Esta característica de las representaciones- en cuanto a la multiplicidad de funciones- es la que devela Moscovici al manifestar que

[1] Burke, Peter, *¿Qué es la Historia Cultural?,* Paidós, Barcelona, 2004.
[2] Taylor, Edgar, *Cultura primitiva,* citado en Burke, Peter, *¿Qué es la Historia Cultural?*, Ibídem, p. 45.
[3]Berger, Peter y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1968.

> Las representaciones sociales se presentan en formas varias, más o menos complejas. Imágenes que condensan significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que sucede, e incluso dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y los individuos con los que tenemos algo que ver[4].

Sin embargo, es preciso hacer hincapié, en que si bien las representaciones tienen su punto de partida en el orden de lo imaginado, son capaces de trascenderlo al proyectarse en *prácticas* que se desenvuelven al interior de la misma sociedad que las construye. Es decir, no sólo significa hablar de ideas, mentalidades, imaginarios o interpretaciones, sino que también, de acciones y decisiones.

Siguiendo esta línea reflexiva, el presente número de la revista *Cuadernos de Historia Cultural* comienza con la sección "Diálogos y Reflexiones", en la cual la historiadora María Gabriela Huidobro realiza un breve comentario y análisis en torno a las idea de representación como parte de la historia cultural.

Desde esta reflexión, pasamos al segundo apartado del número denominado "Representaciones e imaginarios en la cultura occidental".

En el trabajo de Daniel Guzmán, "La historia cultural como representación y las representaciones de la historia cultural", se puede apreciar cuál ha sido el camino recorrido por esta tendencia historiográfica, analizándola *circularmente* desde esa perspectiva, centrando su trabajo en dilucidar, a través del concepto de representación (clave en su estudio) las formas en que ella misma se ha descrito y el papel que le cabe como una corriente de ruptura y renovación, a pesar de ser tributaria de una larga tradición historiográfica.

En una óptica semejante, Daniel Nieto estudia la representación que Diodoro Sículo, historiador griego, realiza sobre la diplomacia romana en el contexto de la expansión imperialista de este último pueblo durante los siglos III a.C. al I a.C., viéndola a través del prisma legitimador en que a su juicio se convierte la diplomacia dado el proceso civilizador intrínseco a la misma, todo lo cual le permite aproximarse a la cosmovisión romana, entendiéndola como un constructo, noción clave también dentro de la historia cultural.

En el estudio "Los viajes comerciales en la Edad Media: una aproximación a las construcciones culturales e imaginarias de la vida material a partir de la obra de Marco Polo (s.

[4] Moscovici, Serge, *Psicología Social*, Editorial Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1976, p. 45.

XIII)", Pablo Castro indaga en las representaciones culturales generadas a partir de los viajes de Marco Polo al Oriente y cómo ellas van generando un imaginario en Occidente, de un mundo de riquezas y maravillas. Se pregunta el autor cuál es el valor que adquieren las materias primas y los productos exóticos como objetos extraordinarios y las consecuencias de su intercambio, al convertirse en incentivos para emprender viajes comerciales y abrir nuevos mercados al intercambio no solo económico, sino también cultural.

Por otra parte, Álvaro Durán centra su atención en las representaciones que realizaron los cronistas del Perú durante el siglo XVI sobre el gobernante Inka, Atahualpa, en base a tres conceptos clave: poder, autoridad y legitimidad. Este autor considera que en el análisis de estos conceptos es posible apreciar cuáles son las dinámicas que configuran el mundo altiplánico y cómo ellas son subvertidas por el conquistador hispano, quien en base a su mentalidad política, entiende el gobierno de Atahualpa como ilegítimo, no tan solo por la manera en que este gobernante Inka se hace con el control del *Tawantinsuyo*, sino también por ello les permitió justificar su propia dominación en el Perú.

También dentro del contexto colonial hispanoamericano, Sonia Martínez realiza una "Revisión al imaginario europeo sobre la antropofagia en América y Chile (ss. XVI-XVII)", extendiendo su análisis a las representaciones que sobre el Nuevo Continente es posible desprender de las crónicas y fuentes visuales europeas durante los referidos siglos. Las preguntas que guían su trabajo radican en la dilucidación acerca del por qué la cultura occidental representa a la "otredad" como salvaje, bárbara y antropófaga y, cómo ello tiene su correlato al estudiar el imaginario construido sobre el canibalismo en las zonas fronterizas de América y Chile.

Finalmente, damos paso a la tercera sección "El rol de las representaciones en los discursos históricos y culturales".

Según el estudio de Ítalo Quintanilla, los postulados médicos e higiénicos relativos al control de las tasas de mortalidad producto de epidemias fueron permeados por la cultura mortuoria desarrollada durante el siglo XIX en Chile. Analiza este autor las transformaciones que en tal sentido, sufrieron las representaciones sobre la muerte en la sociedad de Lota y Coronel entre 1870 y 1905, específicamente en los sectores populares, y cómo ello redundó en una resignificación de la misma, a partir del concepto de medicalización, de las prácticas asociadas a ella y de las escenificaciones mortuorias.

En el artículo "Soportes de un imaginario político-religioso: desde lo material a lo simbólico. El culto a la Virgen del Carmen en la Independencia de Chile", su autora Carmen Gloria Soto, cuestiona la construcción de un imaginario ligado a la importancia que habría tenido esta divinidad desde el momento en que Bernardo O'Higgins rogó por ayuda en momentos de peligro durante la guerra de Independencia (y su posterior advocación como patrona del Ejercito), preguntándose acerca de los soportes materiales en que este imaginario "oficial" fue construido y transmitido, problematizando la interrelación entre lo oral, lo escrito y la imagen en pos de comprender el contexto de producción y circulación de este imaginario político- religioso.

También en la línea que analiza y se cuestiona la creación de imaginarios sociales y junto a ellos, identitarios, dentro de la línea de la Historia Cultural, se encuentra la obra de Fabián Pérez titulada "Literatura y representación. El rol del libro, la cultura liberal y la creación de un discurso nacional durante la segunda mitad del siglo XIX en Chile y Argentina". Su objetivo por medio de este estudio comparado es estudiar la contribución que realizan a la construcción de un imaginario nacional o nacionalista, durante la segunda mitad del siglo XIX, algunas obras literarias y, seguidamente, aclarar el rol de la cultura escrita en los procesos de dominación y creación de imaginarios como asimismo, acercarse al papel que juegan los intelectuales en la construcción de discursos nacionalistas en un contexto dicotómico entre la tradición y la modernidad.

Por último, Ana Gálvez analiza la temática de la prostitución en Chile mediante la contribución que el mundo literario realiza al respecto, ya que éste es capaz de visibilizar las prácticas sociales ocultas en el discurso político y legislativo que ponía de relieve principalmente, durante la primera mitad del siglo XX, la gran cantidad de problemas que trajo aparejados la prostitución y junto a ello el aumento exponencial de contagiados de sífilis. Su interés radica en poner en evidencia la dicotomía entre prácticas sociales y el discurso legal teñido de teorías higienistas muy en boga en la época, de forma de poder comprender cuáles son los imaginarios construidos socialmente, cómo estos van surgiendo y en general, ponderar el rol del discurso literario como una forma de contribución al estudio de prácticas sociales arraigadas en la sociedad chilena.

Finalizamos este prólogo agradeciendo la excelente recepción de nuestro primer número y esperamos que este segundo ejemplar tenga aún mejor acogida, en vista del aporte

que como revista *Cuadernos de Historia Cultural* pretendemos realizar al estudio de la disciplina histórica en sus múltiples y enriquecedoras facetas.

Agradecemos también la contribución realizada por todos los postulantes a este número, como asimismo a nuestros colaboradores y editores, ya que sin ellos nuestra labor sería imposible.

Boris Araya Valencia
Alejandra Fuentes González